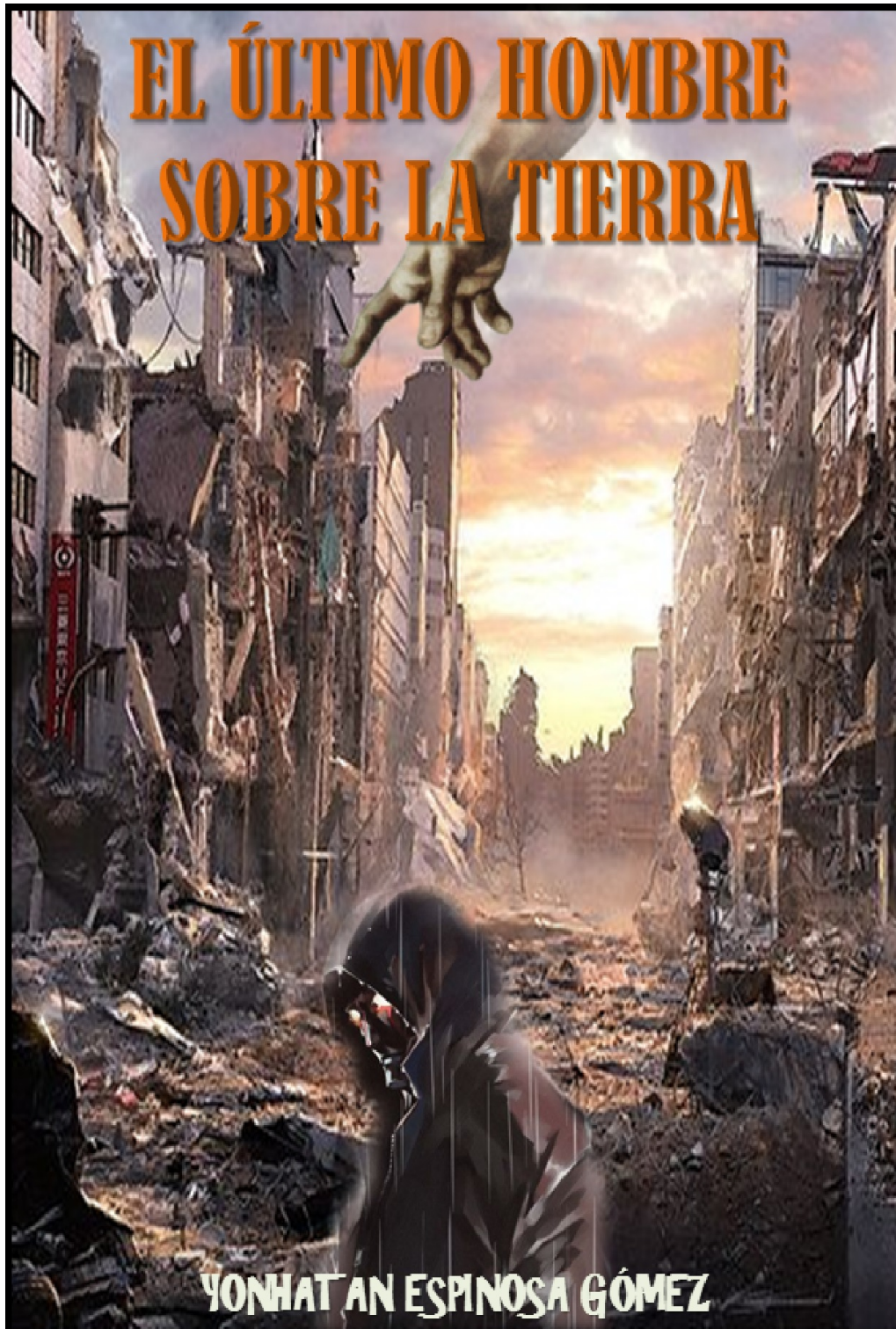


A. EL ÚLTIMO HOMBRE SOBRE LA TIERRA

YONHATAN ESPINOSA GÓMEZ



Capítulo 1

EL ÚLTIMO HOMBRE

SOBRE LA TIERRA

El débil será el alimento.

Capítulo 2

1

Parece que he dormido mil años, apenas puedo abrir los ojos. Mi cuerpo está pesado, responde de a poco a las órdenes de mi cerebro.

«¿Dónde estoy?»

«!No puedo recordar!»

Con dificultad me incorporo, miro las manos, los pies, palpo mi cuerpo. Estoy completo...

«¿Dónde estoy?»

— ¡Hay alguien aquí...quí...íii! — grité escuchando mi eco retumbar en la soledad del lugar.

— ¡Alguien... ien...ennn!

Giré a mí alrededor intentando descifrar donde me hallaba pero el escenario es realmente extraño; montañas cubiertas de hielo. Trineos de perros ya fosilizados por el paso del tiempo. Esqueletos de hombres envueltos en pieles, e inmensas ruinas destruidas ocultas por capas de nieve, ruinas de dimensiones extravagantes con inmensos bloques de piedra que no pueden describirse.

«!Pero qué rayos!»

Caminé con cautela por aquel reino destruido, no quería llevarme una sorpresa aterradora... de pronto me detuve en la entrada de una gigantesca abertura que yacía sobre el suelo y desde la superficie pude vislumbrar que en su interior resaltaban extrañas tallas, y un trono cuyas dimensiones me hacen deducir que no fue diseñado para reyes humanos.

«¿Qué clase de raza habitó la Tierra antes que nosotros los hombres?»

Tallas y símbolos desconocidos en las paredes de la gigantesca construcción. Pilastras elevadas de manera desproporcionada. Techos particularmente cubiertos y curvos; son evidencia de que sirvieron de morada para seres ajenos a éste mundo.

Sobre el trono que la luz del sol me permite ver descansa el mismo símbolo aterrador que pude apreciar en los murales y jeroglíficos que vi hace un momento. Se trata de un rostro no humano, no animal, era ambos y estaba tallado sobre el espaldar de piedra del inmenso trono.

Los rayos del sol golpean sobre la abertura de la tierra e iluminan su interior permitiéndome ver lo antes descrito. Entonces fijé mi vista en los símbolos y figuras de los muros, figuras que enseñan un ritual horrendo:

Cientos de hombres encadenados de manos y pies, maltratados por lo que parece un dios sentado en un trono volador. Otro mural enseña a los humanos siendo devorados por animales similares a las panteras pero de más envergadura y peso.

A medida que avanzaba el día los rayos del sol se desplazaban dentro de la grieta revelando más de aquel asombroso templo... entonces mis pupilas se agrandaron y pude ver otro tramo del inmenso mural, pero después de lo que vi desee nunca haberlo visto: Un paredón tan largo hasta donde el ojo alcanzaba a ver... en el paredón millones de humanos soportaban lo que parecía una tormenta de fuego que derretía sus pieles hasta volver ceniza sus cuerpos... al parecer la tormenta de fuego terminó con nuestra raza. Los pocos que sobrevivieron fueron devorados por las fieras similares a las panteras.

«¡Santo Dios!»

«¿En qué año estoy?»

«¿Por qué no puedo recordar nada?»

Me alejé lo más que pude de la abertura. No quería entrar allí. Caminé solitario en medio de las ruinas buscando pistas que me ayuden a encontrar a otro ser humano. Hasta el momento me encuentro solo y no quiero pensar que soy el último hombre sobre la Tierra.

Capítulo 3

2

Vagué por aquella tierra extraña en busca de edificaciones humanas. Casas, Rascacielos, Parques, un Walmart, pero lo único que hallé fue un montón de chatarra comprimida y pude deducir que eran automóviles. «¿Quiénes pudieron hacerlo? ¡Bolas de metal! bolas hechas de automóviles»

— ¿!Hay alguien aquí con vida... ida...idaaa!?

Solo el eco de mi propia voz se atreve a responderme. En ese momento vi un ave surcar el grisáceo firmamento y esbocé una sonrisa. «Por lo menos hay animales con vida» pensé y se me ocurrió que quizá si seguía a la pequeña ave me podría llevar a donde se refugien otros hombres.

Comencé a corretearla pero mi sorpresa fue mayor al ver como el pajarillo cayó herido sobre el asfalto cubierto de nieve... y de pronto sin aviso salieron de la espesa niebla media docena de panteras, pero más gruesas y portentosas incluso más negras, y en lo que lleva un parpadeo despedazaron su cuerpo a dentelladas y como fue un bocado rápido entonces comenzaron a destrozarse unas a otras...

Nunca había visto animales tan fieros. Sus bocas se abrían tanto como para comerse de un mordisco la cabeza de la otra.

Salí huyendo de ruina en ruina, esquivando sus olfatos y sentidos... por algún motivo no podían olerme ni sentirme... pero si podían verme, así que no podía confiarme y me oculté lo mejor que pude sin perder un solo detalle de mis perseguidores.

La noche cayó y el manto oscuro que ofrecía el cielo se iluminó debido a la redondez de la luna que acompañada de un ejército de estrellas trajo un poco de luz a la macabra escena de lo que hoy era la tierra... vaya que es hermoso apreciar el firmamento estrellado, ya no recuerdo cuando fue la última vez que lo hice.

Me dispuse a avanzar pero antes pude apreciar mi reflejo sobre un cumulo de cristales rotos esparcidos sobre el piso... usaba gabán y botas, como si fuese un soldado... en la manga del abrigo tengo bordada la bandera de Japón... miré mi rostro en los cristales fragmentados y en efecto pude apreciar mis rasgos orientales... *<<Pienso que soy un soldado y que sobreviví a una gran guerra... pero no quiero ni siquiera contemplar la*

idea de que haya sido el único sobreviviente.>>

En ese momento escuché pisadas...

Son las panteras...

Vigilan las ruinas, debo ir con sigilo, si me descubren estaré perdido... Me dispuse a avanzar camuflado en la negrura de la noche con la luna arriba en el cielo guiando mis pasos.

A lo lejos alcanzo a ver la figura de un pie, un pie de piedra gigante, tan grande como un estadio de fútbol... solo estaba el pie y parte del tobillo, del resto del cuerpo no había ni rastro...

«No puedo recordar... ¿quién soy? ¿qué sucedió?»

En ese momento recordé el rostro grabado en aquel trono de piedra que vi en la mañana... un rostro no humano, no animal, era ambos, y no quise imaginar a un ser gigantesco con un rostro así.

«!Templos en honor a gigantes!»

«!¿Qué sucedió en la Tierra?!»

Al parecer estaba solo, realmente solo... en ese momento veo sombras, hocicos puntiagudos y dientes proyectados violentamente en la pared.

Me refugié al interior de columnas altas y resquebrajadas y de pronto, la mandíbula de una de las panteras trituró mi brazo tan fuerte que sus dientes crujieron...

Aparté al animal de un puñetazo y ágilmente tomé una barra oxidada del suelo... la bestia, la pantera o lo que sea se lanzó directo a atacar mi rostro, pero pensé rápido y levanté la varilla para que el animal se la clavara el acero con su propio peso...

El animal fue atravesado por la varilla de hierro, su cuerpo quedó colgado en el aire y la cabeza colgada hacia un lado... de su boca se escapaban hilillos de babaza espesa y marrón...

La sangre que salía de la herida de la bestia no era de color rojo, era negra, tan negra y fétida como la maldita noche que estaba viviendo después de haber despertado... ¡¡Quisiera haberme quedado dormido y no despertar en éste maldito apocalipsis!!

Me incorporé de inmediato, podía escuchar a las otras panteras acercarse... pero después de ver el rostro de la criatura fuera de combate ya no le encontraba parecido a las panteras... y me quedé pensando que

no se parecían a nada que hubiese caminado sobre la faz de la tierra, a no ser que los animales de tres ojos hubiesen vivido escondidos de nosotros los hombres...

En ese instante el cuerpo de la criatura comenzó a convulsionar traspasado por la varilla... su cuerpo sufría, se retorció...

¡Pensé que había muerto!

Mi sorpresa fue macabra al ver que del cuerpo de la bestia se desprendían tres bestias recién nacidas...

Me quedé contemplado el horripilante aspecto de esas criaturas y de pronto me parecieron que lucían más grandes que hace un momento...

Parpadeé y ahora me parecían más grandes...

Me refregué los ojos y ya las malditas criaturas estaban de pie intentando morderme con sus afilados colmillos...

«¡Esto no es real!»

Al cabo de un minuto los tres animales ya alcanzaban casi el porte del que yacía muerto atravesado por la barra...

Comenzaron a oler pero no podían sentirme...

Así que me eché a la fuga antes de que sus malditos ojos terminaran de abrirse y pudieran verme...

Corrí tan rápido como pude... miré detrás y pude ver como las tres bestias junto a otros animales me seguían el paso...

Escalé unas rocas...

Ascendí a una colina...

Crucé un pequeño río...

Y no podía perderlas.

De pronto una de esas criaturas me rodeó y me derribó con el lomo...

Las otras se acercaban a veloz carrera...

Pude forcejear contra el animal que ya me había propinado tres

mordiscos... veía hilachas de mi piel dentro de la dentadura de la bestia...

Como pude introduje mis manos dentro de la mandíbula del animal y la abrí con toda mi fuerza, abrí, empujé, empujé con fuerza hasta que la boca reventó y el animal a mi lado muerto cayó...

Los otros se acercaban, así que mal herido y sin perder tiempo me eché a la fuga...

Corrí...

Esquivé obstáculos...

Corrí más y más hasta que resbalé por una zanja y fui a parar dentro de una cueva al interior de la Tierra.

Era una extensión del mismo templo que aprecié en la mañana.

«Rayos, ¿Cuánto mide?»

La oscuridad reinaba bajo tierra.

No podía ver nada, pero sabía que me hallaba dentro del maldito templo de gigantes.

A lo lejos pude ver una lucecilla intermitente que encendía y apagaba... no lo pensé y me dirigí hacia allá.

Estoy seguro que camino sobre piedras redondas, casi no coordino el equilibrio.

La lucecilla estaba cada vez más cerca...

Pero volvía a pagarse.

Cuando encendió yo estaba a unos sesenta metros...

Volvió a apagarse...

Cuando encendió yo estaba a unos treinta metros...

Volvió a apagarse.

Cuando encendió yo estaba a unos ocho metros y entonces pude ver el reflejo en el suelo... no eran piedras, eran cráneos humanos.

Capítulo 4

3

Me detuve. Quise pensar en mis posibilidades pero lo cierto es que no tenía mucho de donde escoger así que terminé por alcanzar la recamara donde se halla la luz.

Un cuarto amplió repleto de pantallas y computadoras...

La luz se volvió a apagar.

Cuando se encendió pude ver un interruptor decía "Light" así que obturé el mando.

La luz se hizo más clara y permanente.

No había nadie.

Giré mi cuerpo para revisar el lugar y no había nadie pero algo llamó mi atención... en las pantallas relucía en pausa el rostro de un hombre rubio de mediana edad.

Uno de los botones decía "play" así que le di.

La cinta tardó en ejecutarse y el hombre en la pantalla comenzó a hablar: *—Bitácora 900765342. Hoy es el veintisiete de julio del año dos mil ciento nueve. Soy el doctor Marti Grenier, experto en cultura Ugaritica... me temo que soy... el último hombre sobre la faz de la Tierra.*

Cuando escuché eso quise gritarle que se equivoca, que aquí hay otro hombre esperando encontrarle.

—Hace cinco décadas mi padre encontró un templo subterráneo en inmediaciones de Irak, se pensaba que era Sumerio, sin embargo, a medida que las excavaciones avanzaban fueron descubriendo tallas enigmáticas, tallas nunca antes vistas, tallas de otros mundos. Yo era un chiquillo cuando mi padre halló el templo. Él murió y quise seguir sus pasos... me preparé y continué con la investigación que dejó.

El veinte de septiembre del año dos mil cien, hallamos el portal... y ese fue el final de nuestra raza.

Los gigantes masacraron a todo hombre que caminara sobre la Tierra; Las

criaturas lo consumieron todo.

Sin animales.

Sin alimento.

Sin plantas.

El destino del hombre sería... la extinción.

La Tierra perdió. Los humanos comenzamos a desaparecer.

Pude sobrevivir oculto de las criaturas todo este tiempo pero ya no hay alimentos, si no me matan los Sonamu, entonces me matará el hambre.

Quiero dejar este testimonio por si alguna otra raza que habite el cosmos encuentra esta grabación no cometan el error de descender al templo de REO, por el contrario si escuchan esto y son una raza militar deben usar artillería pesada para destruir el templo y sellar el portal. Nosotros los humanos no pudimos hacerlo, nuestras armas y maquinas fueron insuficientes.

Saldré la superficie para ser devorado por los Sonamu, prefiero morir rápidamente y no por la larga muerte que ofrece el hambre. Se despide el doctor Marti Grenier, El último hombre sobre la Tierra.

Pude ver como las lágrimas y el goteo nasal corría por el rostro de aquel viejo doctor que murió creyendo que era el último hombre vivo.

en ese momento arrugué el ceño y me llevé la mano a frotar mi cabeza, guardé silencio intentando analizar lo que había escuchado... algo no anda bien, pensé... ¡ese video! ... en ese momento las palabras del viejo doctor taladraron en mi cabeza: ---"Sin animales" "Sin alimento" "Sin plantas" el destino del hombre sería... la Extinción.

"Sin alimento."

"Sin alimento."

!Llevó todo un día sin probar alimento! pensé, y no sé desde cuando no pruebo comida. Tampoco siento dolor por las heridas que me produjeron las panteras, bueno los Sonamu...En ese momento levanté la manga de mi abrigo y mis ojos se agrandaron al ver la piel despellejada pero sin carne, sin sangre, la ausencia de músculo evidenció un manojito de varillas

delgadas, cables y transistores.

Retrocedí y pude ver mi reflejo en las pantallas... había perdido medio rostro enfrentando a las criaturas y ni siquiera me di cuenta... la piel estaba hecha jirones... mis pómulos metálicos lucían aterradores, mi cráneo metálico brillaba tan intenso como la plata.

En ese momento solo pude pensar en el hombre de la cinta...

"Soy el doctor Marti Grenier, me temo que soy... el último hombre sobre la Tierra."

Retrocedí un paso, dos pasos... «¡No es cierto!» ¡No es ciertooooo!

mientras mi grito se desvanecía en la soledad del lugar levanté la vista despacio hasta la superficie del templo y allí pude verlo... era cristalino y redondo, tan purpura como una uva y estaba atestado de venitas rojas.

¡Un ojo gigante!

Un ojo que me mira a través de la abertura que hay en la superficie... Y de pronto unos gigantescos y gruesos dedos intentan entrar con brusquedad por la abertura precipitando una lluvia de rocas y arena sobre mi, pero la zanja era muy estrecha para una mano de tan descomunal tamaño.

Corrí por los pasadizos del templo subterráneo queriendo escapar del ojo vigilante; pero con cada paso me internaba más y más en lo profundo de la oscuridad.

Y escuché un feroz rugido...

Un gruñido bestial proveniente de la parte más oscura, esperandome allá en el único camino que puedo tomar.

CUENTO # 35